

HORACIO, POETA Y EL POETA CAVAFIS

Bartolomé Segura Ramos

Quinto Horacio Flaco (Venusia, 65; Roma, 8 a. C.) tiene una Oda en su colección (Carm. I 15), escrita en estrofas asclepiadeas, que podría llevar por título «El Destino de Paris», destino que resulta ser, como explícitamente se manifiesta en el poema, el de todos los troyanos. Semejante destino, profetizado por el viejo dios del mar, Nereo, exige que Paris y los troyanos estén condenados inexorablemente a perecer dentro de un término previsto.

A continuación, ensayo una versión de la Oda:

Quando a través del mar arrastraba en naves del Ida
el Pastor desleal a Hélena, su anfitriona,
abrumó de bonanza ingrata los vientos
veloces, que cantase Nereo
su aciago destino: «En mala hora conduces a casa
a quien Grecia reclamará con muchos soldados,
conjurada para romper tus nupcias
y el viejo reino de Príamo.
¡Ay, cuánto sudor aguarda a los caballos,
a los hombres, cuánto! ¡Qué funerales promueves al pueblo
dárdano! Ya Palas el casco y la égida
y los carros y la rabia apronta.
En vano, ardido con la protección de Venus,
peinarás tus cabellos, y, gratos a las hembras,
en la cítara imbele dedicarás tus cantos.
En vano, las lanzas graves
al tálamo y las puntas de la fecha Gnosia

evitarás, y el estrépito, y a Ayante, veloz
 en la persecución. Aunque tarde, ay, mancharás
 de polvo tus atavíos de adúltero.
 ¿No ves al Laertiada, perdición
 de tu gente? ¿No ves tras de ti a Néstor de Pilos?
 Te acosan impávidos Teucro
 de Salamina, y Esténelo, ducho
 en batallas, y, si hay que mandar a los caballos,
 diligente auriga. A Meriones también
 conocerás. Hete ahí que enloquece por hallarte el terrible
 Tidida, superior a su padre.
 De él tú, como el ciervo del lobo visto
 en la otra parte del valle, olvidando el pasto,
 huirás mansamente con el resuello cortado
 (y no era esto lo que prometías a ella).
 Airada, la escuadra de Aquiles prorrogará
 el plazo a Ilion y a las matronas frigias:
 después de los inviernos decretados, el fuego aqueo
 abrasará las casas de Troya.»

Por su parte, el poeta neogriego Constandinos Fotiadis Cavafis (Alejandría, 1863; *id.*, 1933) compone junto a Seferis y Elitis «la tríada capitolina griega en España» (Luis de Cañigral, *Yannis Ritsos. Repeticiones; 12 poemas para Cavafis*, Gijón, 1983, p. 7). Entre nosotros, igualmente, Cavafis fue objeto de atención, primero en la revista «Estudios Clásicos», con un artículo de Goyita Núñez Esteban (*Visión panorámica de Cavafis*, Est. Cl., 53, 1968, 71-83), en el cual la excelente conocedora del griego moderno que es la autora nos descubría a este exquisito poeta alejandrino, incorporando en su trabajo una buena traducción de siete importantes poemas, y emitía su juicio, en general ponderado, acerca de su persona y su obra. (Sobre la primera, véanse todavía los *12 poemas para Cavafis* incluidos en el libro de Luis de Cañigral. En dichos poemas, Yannis Ritsos traza una semblanza entre irónica y jocosa del gran alejandrino).

Otro artículo, asimismo en la mencionada revista, fue escrito por Luis Alberto de Cuenca (*Sobre P 426-455 y un poema de Kavafis*, Est. Cl., 66-67, 1972, 263-267). En él su autor busca acentuar la dependencia, señalada naturalmente con anterioridad, de un

poema de nuestro poeta, «Los caballos de Aquiles» (número 20 de la colección, cronológicamente ordenada, de los 154 poemas publicados por el poeta), respecto al citado pasaje de *Ilíada* XVII, donde Homero había descrito el llanto de los caballos Janto y Balio por la muerte de Patroclo. Añadamos que Cuenca pone de relieve el hecho de que en la reelaboración cavafiana el llanto de los caballos se hace extensivo a la muerte en general (aunque más concretamente, a la que acaece en la juventud).

El círculo de quienes se han interesado por este poeta ha aumentado (ya en 1971 se ofrecen algunas versiones parciales) y para limitarme a las traducciones más completas citaré las de los siguientes dos autores: José María Álvarez (*Poesías completas*, Madrid, Hiperión, 1976; *65 poemas recuperados*, *id.*, *id.*, 1979), cuya traducción es un refrito de la realizada a diferentes lenguas europeas, y que resulta increíblemente infiel, y la de Pedro Bádenas de la Peña, traducción directa del griego, ceñida al original, y que es la más completa de cuantas existen en la actualidad (*C. P. Cavafis. Poesía completa*, Madrid, Alianza Tres, 1982).

El artículo de Cuenca nos sitúa en la órbita precisa dentro de la que cae el presente trabajo, a saber, la referente a las fuentes que sirvieron de inspiración a Cavafis. Es bien sabido entre los conocedores de su obra que el «viejo poeta» (Lawrence Durrell, *El cuarteto de Alejandría*), amante de la Historia y la Literatura antiguas, utilizó como fuente para su poesía entre otros a los griegos Homero, Heródoto, Diodoro Sículo, Apolodoro, Plutarco, Filóstrato, Juliano, la *Anthologia Palatina siue Graeca* y, en menor escala, a los romanos Suetonio y Petronio. Por lo demás, estas fuentes rebasan el mundo antiguo y se sitúan asimismo en el moderno y contemporáneo (Shakespeare, por ejemplo), sin olvidar a Dante (*Che fece... il gran rifiuto*, número 8 de la colección arriba citada).

Hay un poema en esta colección que lleva el número 12, intitulado «Troyanos», cuyo paralelismo, como en breve podrá corroborar el lector, con la Oda de Horacio que hemos dado al comienzo salta a la vista. Ya se comprende que no quisiera quedarme en el paralelismo únicamente. Porque es el caso que me atrevería a aseverar que dicha Oda horaciana, al margen de la reconocida fuente homérica (la misma, en general, para la composición del venusino), que es *Ilíada* XVIII y XXII, sirvió como catalizador al alejandrino para escribir su poema.

Resulta curioso constatar que, si no me falla la memoria, el único personaje de la literatura latina (puesto que de la historia, tomando como base a Suetonio, evocó a varios, Marco Antonio y Nerón, entre ellos) al que Cavafis honró con la dedicatoria de un poema (el cual más tarde, por cierto, considerándolo de baja calidad «repudió», junto a otros diecinueve, de modo que estos veinte poemas son conocidos hoy como «poemas proscritos») es Horacio.

Por el contenido de este poema de dedicatoria se deja ver con claridad que Cavafis no sólo conocía a fondo al lírico romano, sino que en buena medida se identificaba con él, hasta el extremo, me atrevería a decir, que esa misma cercanía espiritual, intensificada, y tal vez excesiva en ocasiones, le imposibilitó llevar a buen término el poema dedicado, pareciéndole sin duda pobre e inexpressivo, y, en consecuencia, lo rechazó. Mas, con todo, para que el lector pueda juzgar, transcribo dicho poema (número 17 de los proscritos), según la versión de Bádenas:

HORACIO EN ATENAS (1899)

En la mansión de la hetera Lea,
donde se juntan la elegancia, la riqueza y el mullido lecho,
conversa un joven con jazmines en las manos.
Ornan sus dedos muchas piedras,

lleva un manto de seda blanca
con rojos bordados orientales.
Su lengua es ática y pura,
mas un ligero acento en su fonética
delata al Tíber y al Lacio.
El joven confiesa su amor,
y en silencio lo escucha la ateniense
a su locuaz amante Horacio.
Y con asombro descubre nuevos universos de Belleza
en la Pasión de este gran Romano.

Debo decir que antes de acordarme de este poema me asaltó la sospecha de que la Oda de Horacio fue la que marcó la pauta para que Cavafis escribiese su poema «Troyanos»: en ambas

composiciones se expresa palmariamente el sentimiento fatal del fracaso de toda vida humana. (Y no sin razón Cavafis nos trae fácilmente al recuerdo no tanto a Sartre o a Camus, como pretenden algunos, sino más cabalmente al checo F. Kafka, quien en todas sus obras describe pormenorizadamente la pesadilla dispartada de la vida y su condena al fracaso. Considérense, especialmente, sus novelas *El Proceso* y *El Castillo*). Cuando por el poema «Horacio en Atenas» comprendí que Cavafis conocía profundamente al poeta romano, mis dudas sobre la fuente de sus «Troyanos» se disiparon: estoy en condiciones de afirmar que la lectura y la reflexión sobre la lectura de esta Oda movió a Cavafis a escribir seis años más tarde (1905) del poema dedicado a Horacio (1899) su composición «Troyanos».

He aquí el texto original del poema de Cavafis, según la edición de G. P. Savvidis (Atenas, Icaro, 1963, t. A', p. 26):

ΤΡΩΕΣ

Εἶν' ἢ προσπάθειές μας, τῶν συμφοριασμένων·
εἶν' ἢ προσπάθειές μας σὰν τῶν Τρώων.
Κοιμάτι κατορθώνουμε· κοιμάτι
παίρνομι' ἐπάνω μας· κι ἀρχίζουμε
νᾶχουμε θάρρος καὶ καλές ἐλπίδες.

Μὰ πάντα κάτι βγαίνει καὶ μᾶς σταματᾶ.
'Ο Ἀχιλλεὺς στὴν τάφρον ἐμπροστὰ μας
βγαίνει καὶ μὲ φωνές μεγάλες μᾶς τρομάζει.—

Εἶν' ἢ προσπάθειές μας σὰν τῶν Τρώων.
Θαρροῦμε πῶς μὲ ἀπόφασι καὶ τόλμη
θ' ἀλλάξουμε τῆς τύχης τὴν καταφορά,
κ' ἔξω στεκόμεθα ν' ἀγωνισθοῦμε.

'Αλλ' ὅταν ἡ μεγάλη κρίσις ἔλθει,
ἡ τόλμη κ' ἡ ἀπόφασίς μας χάνονται·
ταράττεται ἡ ψυχὴ μας, παραλύει·
κι ὀλόγυρα ἀπ' τὰ τείχη τρέχουμε
ζητώντας νὰ γλυτώσουμε μὲ τὴν φυγὴ.

Ὅμως ἡ πτώσις μας εἶναι βεβαία. Ἐπάνω,
στὰ τεῖχη, ἄρχισεν ἤδη ὁ θρήνος.
Τῶν ἡμερῶν μας ἀναμνήσεις κλαῖν κ' αἰσθήματα.
Πικρὰ γιὰ μᾶς ὁ Πρίαμος κ' ἡ Ἑκάβη κλαῖνε.

Y la versión que del mismo hace Bádenas:

Son nuestras fatigas, las de los infortunados,
son nuestras fatigas como las de los troyanos.
A poco que triunfemos; a poco que orgullosos
nos sintamos, comenzamos ya
a tener ánimos y buenas esperanzas.

Pero siempre ocurre algo y nos detiene.
Aquiles surge en la trinchera ante nosotros
y a grandes voces nos espanta.

Son nuestras fatigas como las de los troyanos.
Pensamos que con arrojo y decisión
vamos a mudar la hostilidad de la fortuna
y nos echamos fuera a pelear.

Mas cuando llega el momento decisivo,
el arrojo y decisión se desvanecen;
se turba nuestra alma y paraliza;
y en derredor corremos de los muros
buscando salvarnos en la huida.

Nuestra derrota es, sin embargo, segura. Arriba,
en las murallas, el treno ya ha empezado.
De nuestros días lloran recuerdos y pasiones.
Con amargura lloran por nosotros Príamo y Hécuba.

Como se ve, Cavafis pasa de los troyanos en general a Héctor, en particular, aunque sin nombrarlo. Horacio pasa de Paris, en particular (al que tampoco nombra, llamándole «Pastor», pues lo era por antonomasia), a los troyanos en general (última estrofa). El contraste entre los esfuerzos y la decisión, por un lado, y la cobarde huida y la segura derrota, por otro, constituye la clave

del poema cavafiano. El contraste entre el amor y la música, por una parte, y la certera caída de Paris a manos de sus enemigos, así como la de todos los troyanos a manos de Aquiles (que es también el que asusta a los troyanos en el poema del alejandrino), por la otra, es la clave de la Oda del romano. En ambos casos se trata del Destino (*fata*, v. 5 de la Oda; *tes tyjes*, v. 11 del poema neogriego) ineluctable, cuya trayectoria no pueden cambiar los troyanos. Mas es, sobre todo, el aire común a ambos poemas, la misma melancolía desesperada que los caracteriza por igual, el factor que los hace verdaderamente padre al uno e hijo al otro.

En lo que se me alcanza, nadie ha reivindicado hasta ahora esta fuente horaciana para el poema neohelénico. Pienso que, para no citar más que un ejemplo entre otros muchos que se encuentran en la misma situación, cuando, en el caso del poema cavafiano que lleva el número 5 de la colección de los 154, o poemas canónicos, «Un viejo» (1897), en el que se describe a un anciano que sentado en un café recuerda la juventud perdida, las oportunidades no aprovechadas, y termina por dormirse sobre la mesa, Timos Malanos, investigador fundamental, junto a Pontani, de las fuentes de la poesía de Cavafis, aduce un poema de J. Lahor que finaliza diciendo «et les yeux du vieillard se ferment pleins d'ennui» como principal origen de la composición «Un viejo», el soporte se muestra infinitamente más débil (Alvarez lo rechaza; Bádenas lo acepta) que el que nosotros en el caso que nos ocupa propoñemos. Si doy este ejemplo, que en principio estaría llamado a debilitar mi propia tesis, es por el afán de no ocultar el secreto de la búsqueda de las fuentes. Semejante búsqueda no tiene por qué ser errada en la mayoría de los casos.

Por mi parte, continúo apostando por la Oda de Horacio como segunda fuente esencial (tal vez la obviedad de la primera, la homérica, dispensó a los críticos de proseguir la búsqueda de otras distintas) para los «Troyanos» de Cavafis. En lo que respecta al lector o crítico, me parece que he ofrecido suficientes elementos de juicio y los argumentos necesarios.